

Acuarelas micrográficas impresionistas de América Latina

M. Lourdes Racca*

En 1905 expusieron sus obras, en el salón D'Antoine de París, jóvenes pintores de diferentes raíces que se habían unido por una misma tendencia para superar lo tradicional a través del empleo del color. André Derain (1880-1954), Maurice Vlaminck (1876-1958), Henri Matisse (1869-1964), Albert Marquet (1875-1947), entre otros, incluido Gustave Moreau, cuya inteligencia y apertura de ideas hicieron de sus discípulos un grupo homogéneo que eludió las bases técnicas y surgió espontáneamente a “proclamar la más absoluta libertad en la expresión artística”.

La evolución de la música es más ilógica que la pintura. No existe un verdadero impresionista en ella, aunque la obra de Debussy puede complacer dicho espectro artístico. Debussy altera el material musical hasta sus límites, al evocar una *imagen visual* fuertemente desgarradora y altisonante, con énfasis en la atmósfera y el *color*.

No es extraño, entonces, que en la ciencia-arte de la morfología el color haya implicado el signo básico en los cambios de la interpretación estructural. La histología normal y patológica reforzaron su lenguaje en el color. La inmunohistoquímica generalizó colores (marrones o rojos) y priorizó antisustancias, donde el color pasó a ser un resultado igualitario para dife-

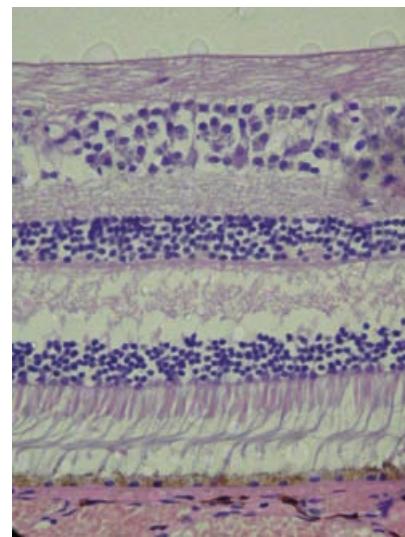
rentes proteínas; sin embargo, vuelve el impulso de la teoría, enfrascada en maquillar las células y la matriz extracelular.

Todos conocemos nuestros diagnósticos a través del color: a veces sorpresivos, otros alentadores y, en ciertos casos, contenedores del quehacer pronóstico, pero con la intención de querer ser racionalista y también amantes de los desencuentos, pues el color de nuestros “vidrios” es igual a la pintura de Matisse o la música de Debussy: sólo son arquetipos de la insinuación... son ayudantes potentes y jerarquizados que se evidencian al lado de un creador de ciencia y conciencia: el patólogo.

Intentar descifrar un diagnóstico sin una buena hematoxilina-eosina es casi impensable.

Wilhem Waldeyer fue discípulo de Henle, quien introdujo entre 1879 y 1880 la hematoxilina en la microtécnica de las coloraciones y estableció el punto de partida con uno de los métodos más valiosos para el conocimiento de los núcleos celulares y todo lo que seguiría, hasta el ADN.

Este producto natural, que al oxidarse constituye una sustancia de color morado llamada hemateína, fue registrado en 1865 por contemporáneos de Gregor Mendel. Su posterior conjunción con la eosina abrió, definitivamente, el poderoso abanico de las grandes disquisiciones en citología, histología y patología

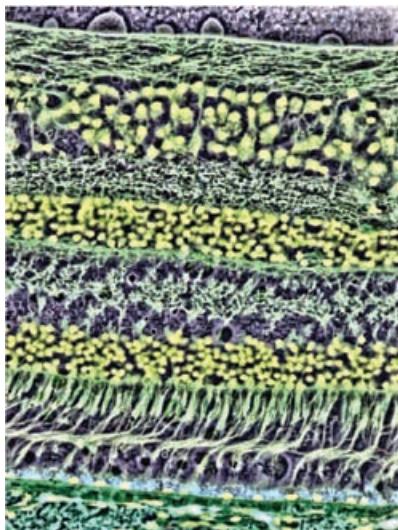


de los “sabores y padeceres” del ser humano.

Méjico heredó y donó diversos conocimientos relacionados con sus plantas, con propiedades tintoriales. El Palo de Campeche (árbol natural de Centroamérica), que llega a medir hasta 6 m de altura, pertenece al reino *plantae*, división *magnoliopsida*, orden *fabales*, familia *fabaceae*, tribu *caesalpinieae*, género *haematoxylum* y especie *Hematoxylum campechianum*. Es una planta que se exporta desde Centroamérica y norte de Sudamérica hacia todo el mundo.

Las soluciones colorantes a partir de la hematoxilina adquieren su poder de coloración después de transcurrir cierto tiempo, es decir, tienen que madurar; este es un proceso por el cual la hematoxilina se transforma,

La versión completa de este artículo también está disponible en: www.revistasmedicasmexicanas.com.mx



por oxidación, en hemateína. En general, como lo demostró P. Mayer, la hemateína en combinación con óxido de aluminio es la verdadera sustancia activa de coloración.

Este proceso de oxidación, hasta que ocurre espontáneamente, tarda semanas (aligerado por el rotar manual y circular de un gran Erlenmeyer), aunque puede acelerarse con agentes oxidantes energéticos, como el agua oxigenada y permanganato de potasio (sustancias coincidentemente utilizadas para la despigmentación melanocítica).

El hemalumbre de Mayer se utiliza, inmediatamente, al disolver en caliente 1 g de hemateína en 50 cm³ de alcohol al 90% y mezclarlo con 50 g de alumbre en 1 L de agua destilada.

Comienza el “arte-ciencia”, “ciencia-arte” de los colores para identificar estructuras y, si es posible, descifrar su lenguaje particular.

Como decimos, *arte y ciencia* comenzaron a entrelazarse en un punto común que constituía la forma objetiva de comprobar las desviaciones fisiológicas y patológicas anormales del mundo celular, con lo que se originó un sinnúmero de teorías contradictorias relacionadas con las enfermedades, sus mecanismos patogénicos, etc. El “poner en evidencia los cambios morfológicos” no fue tarea fácil y se debe a la “patología latinoamericana”, una interesante función en la búsqueda, los hallazgos y la utilización de tinturas, en general empíricas, que constituyeron la base fundamental en el progreso de la histotecnología o micrografía.

Una característica de América Latina es el fuerte conocimiento que tuvo en estos temas, ya que diversos patólogos iniciaban su carrera en las ciencias morfológicas, como estudiantes y técnicos de laboratorio, y convivían con los análisis clínicos y la patología. Todo esto permitió excelentes hallazgos en la patología, sobre todo geográfica, parasitosis, etcétera.

Supieron interpretar los conceptos descriptivos básicos, en su mayor parte de origen hispánico: los cúmulos lineales, las estructuras redondeadas, fusiformes o ahusadas, prolongaciones ramificadas de elegancia particular, lo abigarrado por el color, cerúleo, leuco, etc., todos estos parámetros del quehacer micrográfico.

En la actualidad desarrollamos, específicamente en los últimos 10 años,

técnicas virtuales digitalizadas sobre la base de una imagen coloreada con hematoxilina y eosina en patología ocular, y ponemos como ejemplo dos imágenes alentadoras en aquel concepto de anilina y sus designios que nos dio América Latina.

¿Empirismo, ciencia, arte, ficción? Tal vez la modalidad es la misma, mientras respetemos las metodologías de la investigación, pero, seguramente con estos tintes tan particulares, hay algo más que desglosar. Nos hemos acostumbrado a intuir cosas de ultraestructura, si ya las conocemos, con un preparado convencional, como presentimos en el núcleo su ADN sin verlo.

La economía de nuestros países arrolla nuestra imaginación, producto de los ancestros y el caudal de los grandes patólogos en América Latina que iremos descifrando; además, nos avala para seguir hurgueando en ese empirismo del color y los detalles microscópicos que tanto sabor le ponen al trabajo diario de la interpretación y el diagnóstico, siempre junto a la clínica.

Algunas veces es peligroso derramar los enunciados académicos en los colores que pintan la imagen de una enfermedad particular, sobre todo en un enfermo absolutamente único en su estructura psicosocial. Tal vez es mejor utilizar el sentido visual común, con la visión del amor, asociado con la complejidad tan repleta de enigmas, réplicas, arquetipos y jurisprudencia que hoy nos avasan.